

El que ocurran entre ellas múltiples transiciones y enlaces, *v.gr.* ataques psicomotores con AGM o con DGM o, aunque menos frecuentemente, también con SGM, confirma el carácter biológico de las formas, el cual solamente se ajusta a un método tipológico para ser diferenciado ordenadamente.

Desde este punto de vista, surgen dos nuevos problemas que se limitan mutuamente: primero, ¿cómo es posible que el grupo con mayor índice hereditario tome un curso más bien benigno y que tenga también una mayor tendencia a la curación espontánea que el grupo de la epilepsia SGM y de la epilepsia psicomotriz?, y segundo, ¿qué significa que, definido según la herencia como la forma más endógena, el grupo “del despertar” muestre tanto en el desencadenamiento como en su transcurso una mayor dependencia del medio ambiente que el otro grupo, el de menor índice hereditario, el que para manifestarse no está limitado a ninguna edad determinada, el grupo de la epilepsia “durante el sueño”, que por su evolución y por la falta de condiciones que la desencadenen se impone como más endógeno? ¿Qué quiere decir que, para la epilepsia en especial y quizá para la patología en general, aquí endógeno no signifique lo mismo que hereditario y que reactivo no sea equivalente a no hereditario? Yo no tengo ninguna explicación para ello, pero quizá algún otro hallazgo aún no suficientemente valorado pueda, también desde el campo de la epilepsia, arrojar más luz sobre el problema. En el libro de Matthes y Bamberger acerca de los ataques en la edad infantil se dedica un amplio capítulo a los llamados ataques ocasionales y a los ataques durante estados febriles. Allí se encuentra que, en las más modernas investigaciones se está de acuerdo en que estas formas de epilepsia representan la forma con pronóstico más benigno, ya que aproximadamente sólo el 15 % de ellas evoluciona a epilepsia crónica, pero que por el otro lado son las que, de entre todas las formas de epilepsia, muestran el mayor índice hereditario. Ya el ejemplo de las epilepsias SGM y las psicomotrices despierta en nosotros cierta duda, y el hallazgo de que una forma de transcurso aparentemente endógeno, degenerativo y de peor pronóstico no pueda transformarse en una forma determinable hereditariamente, nos obliga a reconsiderar aquella imagen nuestra de que reactivo y endógeno son pares antagónicos. Si es exacto que tanto las epilepsias “del despertar” como los ataques durante estados febriles y los ocasionales son prototipo de una epilepsia endo-reactiva, considero que, dado que la forma con desencadenamiento reactivo y transcurso benigno muestra una creciente ampliación de la base hereditaria, la importancia de lo hereditario como criterio pronóstico queda, respecto de la epilepsia, definitivamente en duda.

## EL CARÁCTER NACIONAL MEXICANO

*Michael Maccoby*

ANTES de explorar el carácter nacional mexicano, es esencial aclarar lo que queremos decir con “carácter”. Para cualquiera que haya sido adiestrado en la teoría y en los métodos psicoanalíticos, el carácter no es una serie de rasgos expresivos o de conducta, sino que implica un concepto más preciso: una estructura de motivos subyacentes, interrelacionados y relativamente invariables desde la niñez, o, como lo define Erich Fromm, los rasgos del carácter son “anhelos apasionados relativamente permanentes”.<sup>1</sup> Cuando estos impulsos se satisfacen en el trabajo, en el juego, en las relaciones con los demás, el individuo siente placer y seguridad; cuando se frustran, la persona se vuelve ansiosa e insegura.

El carácter debe distinguirse de las opiniones, de los valores y de la ideología. Los impulsos subyacentes pueden permanecer ocultos tras racionalizaciones que permiten al individuo creer que sólo responde a presiones sociales, a la “realidad”, o que su conducta ejemplifica un ideal ennobecedor. Por ejemplo, la investigación psicoanalítica de los mexicanos con frecuencia revela una fijación profunda inconsciente a la madre, una necesidad de su amor y de su capacidad alimentadora incondicionales que en realidad mutilan la independencia individual. Pero, debido a que la cultura mexicana glorifica a la madre, un hombre puede cómodamente pensar que su idealización de la madre y su dependencia de ella significan, lo que es digno de elogio, amor y devoción filiales. Aquí la sociedad apoya una fuerza de carácter, pero en otro caso los ideales sociales pueden chocar con el carácter. Se espera que el varón mexicano domine a las mujeres, pero muchos hombres débiles y receptivos desempeñan un papel de masculinidad compulsiva (*machismo*), y al mismo tiempo se sienten frustrados, sin advertir sus deseos de ser alimentados y de recibir los cuidados de las mujeres. El conflicto entre el papel social y el carácter puede llevarlos al hábito de ingerir bebidas alcohólicas en un intento de borrar la conciencia de su derrota y de satisfacer sus anhelos receptivos. En estos casos y en muchos otros, la conducta es evidente pero las fuerzas del carácter sólo pueden ser desenterradas por medio del estudio clínico o mediante técnicas psicológicas proyectivas.

En términos de la teoría psicoanalítica, el concepto de carácter nacional supondría que el pueblo de una nación, cualesquiera que sean sus diferencias caracterológicas individuales, comparte un núcleo de motivos, formado por experiencias y necesidades comunes. La discusión teórica entre psicoanalistas con-

<sup>1</sup> Erich Fromm, “Psychoanalytic Characterology and Its Application to the Understanding of Culture”, en *Culture and Personality*, S. Stansfield Sargent and Marian W. Smith, (eds.). The Viking Fund, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc., Nueva York, 1949.



tinúa todavía sobre las determinantes decisivas del carácter, y este no es el lugar de considerar detalladamente las razones que se tengan para favorecer un acento socioeconómico, en forma similar a la teoría de Freud, que subrayó la naturaleza sexual de las fuerzas del carácter.<sup>2</sup> Mi opinión sobre el carácter nacional mexicano teóricamente está arraigada en el concepto de Erich Fromm del “carácter social”, al que describe en términos de su relación funcional con las demandas de una sociedad. Fromm escribe que:

“Cada sociedad está estructurada y opera en ciertas formas que requieren diversas condiciones objetivas; tales condiciones son los métodos de producción y distribución que a su vez dependen de las materias primas, de técnicas industriales, de clima, etc., además de factores políticos y geográficos y de tradiciones e influencias culturales a las cuales está expuesta la sociedad. No existe una “sociedad” en general sino solamente estructuras sociales específicas que operan en formas diferentes y determinables. Aunque estas estructuras sociales cambian en el transcurso del desenvolvimiento histórico, están relativamente fijas en cualquier periodo histórico dado y la sociedad solamente puede existir al operar dentro del marco de su estructura particular. Los miembros de la sociedad, de las diversas clases o de ambas, o los grupos sociales dentro de ellas tienen que comportarse en tal forma que funcionen en el sentido requerido por la sociedad. Es función del carácter social conformar las energías de los miembros de la sociedad en tal forma que su conducta no se deje a decisiones conscientes referentes a seguir o no el modelo social sino a que *la gente quiera actuar en la forma en que tiene que hacerlo* y al mismo tiempo encuentre agrado al actuar conforme a los requerimientos de la cultura. En otras palabras, el carácter social tiene la función de modelar la energía humana con vistas al funcionamiento de una sociedad dada.”<sup>3</sup>

¿Cómo puede trazarse el carácter social de una nación o de sus diversas clases? En vista de que la investigación individual psicoanalítica no es posible con muestras grandes, sería necesario utilizar pruebas proyectivas y cuestionarios sobre muestras de diferentes regiones y clases de una nación. Tal estudio establecería el escenario para comparar los rasgos del carácter con variables socio-económicas, y explicar las contradicciones entre la conducta y los ideales.

Hasta hace poco no se hicieron tales estudios en México. En cambio, formaron el cuerpo de observación y especulación sobre el carácter nacional mexicano unos pocos estudios antropológicos serios, juntamente con una gran cantidad de descripciones —algunos de ellos de comunidades aisladas de lengua indígena —intuitivas. Desde los años treinta, filósofos, ensayistas, y más recientemente, psicoanalistas mexicanos, se han visto cautivados por el atractivo de entender al mexicano. El resultado, con frecuencia brillante y dilucidador, mezcla la conducta y la ideología con el carácter, y se preocupa con exceso por la patología, hasta el punto de la propia denigración.

Hace siete años, Fromm, que ha vivido en México durante más de quince años y es director del Instituto Mexicano de Psicoanálisis, inició un estudio del carácter social en una aldea mexicana, intentando probar en una forma em-

<sup>2</sup> Sigmund Freud, “Charakter und Anal-Erotik” (1908), Obras Completas.

<sup>3</sup> Véase la nota 1.

pírica su teoría y al mismo tiempo iluminar el carácter social mexicano. Su trabajo, que fue sostenido desde el punto de vista financiero por el Fondo de las Fundaciones para Investigaciones en Psiquiatría, también estimuló a dos analistas mexicanos, el Dr. Guillermo Dávila y el Dr. Alfonso Millán, para que intentaran estudios paralelos, utilizando los mismos métodos proyectivos y la teoría, con trabajadores industriales y con pacientes hospitalarios en la ciudad de México. Si bien estos estudios se limitan a muestras pequeñas, constituyen el primer intento sistemático de estudiar el carácter social mexicano, y sus hallazgos, especialmente el estudio de la aldea, que ahora está a punto de terminarse, iluminan la diversidad de tipos caracterológicos y las relaciones entre motivos, factores socioeconómicos y la conducta patológica que equivocadamente impresiona al observador literario como característica de todos los mexicanos, cuando de hecho se limita a grupos definibles con una estructura particular del carácter.<sup>4</sup> Antes de volver sobre algunos de estos hallazgos, debemos considerar primero, brevemente, algunas determinantes sociales, económicas e históricas del carácter mexicano y, en segundo lugar, la imagen que tiene el intelectual mexicano de su carácter nacional.

#### *Determinantes del carácter mexicano*

Al considerar el carácter mexicano, los autores por lo general se refieren a la población mestiza (mezcla de español y de indio) de la altiplanicie central. Este grupo ha compartido una historia y una tradición cultural comunes. La altiplanicie central, dominada por los aztecas antes de la Conquista, se convirtió en el centro de la cultura de conquista y en los siglos subsiguientes en el principal campo de batalla de las revoluciones de 1810, 1867 y, finalmente, la de 1910, que marcó el trastrocamiento en gran escala que formó a la nación mexicana moderna. En los estados del centro del país, abarcando desde la ciudad de México hasta Morelos, Puebla, México, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, etc., los campesinos, los habitantes de los pueblos y la población urbana se han formado en las experiencias de conquista, explotación y violencia. Pero también existen importantes diferencias entre la ciudad y el campo y entre clases. El carácter de los campesinos, que a pesar de la reciente tendencia hacia la urbanización, todavía constituyen más de la mitad de la población,<sup>5</sup> ha sido influido, tanto por su modo de trabajar, que en su mayor parte

<sup>4</sup> El estudio completo de la aldea, incluyendo métodos y resultados detallados, ahora está en proceso de redacción y se publicará en forma de libro, con el título de *Class and Character in a Mexican Village*.

<sup>5</sup> En 1950, el 29 por ciento de la población mexicana vivía en poblados de 10 000 habitantes o más. En 1960, el porcentaje se había elevado a 35. La población total ha aumentado desde 25.7 millones en 1950 hasta 34.9 millones en 1960; en 1940, la población era de 19.6 millones. La mayoría de la mano de obra corresponde a la agricultura, principalmente campesinos, aunque el porcentaje ha descendido de 58.3 en 1950 a 54 por ciento en 1960. Agradezco al señor Julio Boltvinik, del Colegio de México, la compilación de estas estadísticas del censo nacional.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.  
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke. Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



no ha cambiado durante siglos,<sup>6</sup> como en algunos casos por una historia de semiesclavitud hasta las haciendas prerrevolucionarias.<sup>7</sup>

Mientras México siguió siendo una sociedad semifeudal, las diferencias entre los tenderos, burócratas, artesanos, etc., de la ciudad y los habitantes del campo no fueron tan notables como los cambios operados durante los últimos veinticinco años por los comienzos de la industrialización y por la influencia creciente de la cultura norteamericana.<sup>8</sup> Así viene a ser cada vez menos preciso reunir en un solo grupo a los mexicanos del campo y a los de la ciudad, a pesar de su pasado común.

En las regiones fronterizas de México, lejos de la influencia de la región central, y en las islas de comunidades de habla indígena, importantes diferencias culturales hacen que sea necesario considerar factores muy distintos en la formación del carácter. De acuerdo con el censo de 1960, cosa de un 10 por ciento de los mexicanos de más de cinco años hablan solamente una lengua indígena o una combinación de la lengua española con algún idioma indígena. Aunque en números absolutos la población de habla indígena se ha elevado durante los últimos diez años con la alarmante alta tasa de nacimientos, el porcentaje relativo, sin embargo, ha bajado ligeramente debido a la urbanización y a la aculturación.<sup>9</sup> La mayor parte de la gente de habla indígena vive en comunidades pequeñas y cerradas, socialmente selladas por costumbres tradicionales y por un catolicismo sincrético, y aisladas de la influencia de la cultura nacional mexicana. Debido al cuidadoso trabajo de antropólogos sabemos más sobre algunas de estas pequeñas comunidades que sobre la cultura mestiza, así urbana como rural.

La actitud mexicana hacia los "indios" es ambivalente. La cultura indígena se considera como inferior y como menos civilizada, pero sirve una función ideológica. En un intento por encontrar una identidad nacional y por despojarse del sentimiento de inferioridad que los intelectuales mexicanos piensan que les imprimió la Conquista española, las tradiciones indígenas, los héroes tales como Cuauhtémoc, que sufrieron tortura y muerte antes que someterse a los conquistadores, los temas precolombinos en el arte y en la literatura han sido idealizados y con frecuencia se utilizan con gran belleza.<sup>10</sup>

<sup>6</sup> Véase George Foster, "El carácter del campesino". *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, núm. 1, 1965, pp. 83-107. Asimismo, su estudio anterior, *Culture and Conquest*. Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Inc., Nueva York, 1960.

<sup>7</sup> Una descripción de la hacienda y su influencia sobre el carácter del peón puede encontrarse en Eric Wolf, *Sons of the Shaking Earth*. The University of Chicago Press, Chicago, 1959, especialmente el capítulo 10.

<sup>8</sup> Un análisis de la influencia cada vez mayor de los Estados Unidos en México puede verse en Oscar Lewis, "Mexico since Cárdenas", en Richard N. Adams *et al.*, *Social Change in Latin America Today*. Vintage Books, Nueva York, 1961. Lewis también cita hechos interesantes acerca de la industrialización y presenta un cuadro abreviado de México a principios de la década de los años sesenta.

<sup>9</sup> La población que hablaba solamente una lengua indígena o el español combinado con una lengua indígena bajó desde 11.2 % en 1950 al 10.4 % en 1960.

<sup>10</sup> Los ejemplos incluyen los murales y los temas decorativos de la Universidad Nacional y en la grandiosa construcción del Seguro Social "Unidad Independencia". Los grandes artistas revolucionarios mexicanos tales como Rivera y Orozco son famosos por el

Por razones diferentes, la cultura de Yucatán, que está arraigada en los mayas más bien que en los aztecas, y la de los estados nortños, incluyendo a Nuevo León, en donde ha sido mayor la influencia de los Estados Unidos, no pueden considerarse culturalmente equivalentes a la de la meseta central.

Los autores mexicanos limitan sus discusiones acerca del carácter nacional a la región central y al mestizo, tendencia centrista que borra diferencias socio-económicas así como geográficas. ¿Cuáles son sus conclusiones acerca del carácter mexicano?

### *Consideración de los mexicanos de su carácter nacional*

Cuando los intelectuales mexicanos describen su carácter nacional, casi invariablemente se consideran a sí mismos como una nación de mentirosos, de destructores buscadores de poder, de sufridas mujeres resentidas y de engréidos hombres de presa. Pero México es también un país en donde abunda el talento creador, donde, a pesar de la alta incidencia del alcoholismo,<sup>11</sup> la mayoría de los hombres son sobrios y trabajadores, y donde a pesar de la pobreza combinada con una historia de explotación y de violencia, tanto los hombres como las mujeres buscan libertad y una vida pacífica. Los mexicanos se sienten orgullosos de instituciones tales como los programas de Seguridad Social y ejidal, que son fruto de la revolución de 1910.<sup>12</sup> Se quejan de sí mismos y de su gobierno unipartidista, porque hay una gran brecha entre los ideales revolucionarios y la realidad. La corrupción y la explotación no se han disuelto, y son pocos los mexicanos que pueden creer que alguna autoridad colocará antes que a su propio interés, al pueblo. Pero cuán diferente es este fatalismo y esta resignación pasiva de los de otras sociedades campesinas, como las de Europa meri-

uso que hacen de temas indígenas y su glorificación de los indígenas por encima de los conquistadores españoles. Sin embargo, es digno de notarse que los campesinos mestizos con frecuencia culpan de su conducta violenta y sentimientos vengativos a su "sangre india", a pesar del hecho de que muchas comunidades indígenas de México son más pacíficas y están mejor integradas que las aldeas cuya población es mestiza.

<sup>11</sup> De acuerdo con el informe de la Oficina Sanitaria Panamericana, la prevalencia del alcoholismo en México es la tercera, en orden descendente, en el mundo, y sólo cede ante Chile, en la América Latina. Como Chile y México figuran también entre los colectores de datos más precisos de la América Latina, la posición relativa debe tomarse con cuidado, aun cuando México claramente sufre una alta incidencia de alcoholismo. Véase *Seminario latinoamericano sobre alcoholismo*, Informe Final, Oficina Sanitaria Panamericana, Oficina Regional de la Organización Mundial de la Salud, con la colaboración del Servicio Nacional de Salud, Santiago, Chile, 1961.

<sup>12</sup> De acuerdo con un estudio empírico que compara las actitudes mexicanas con las correspondientes a otras cuatro naciones, hecho por Gabriel Almond y Sidney Verba, los mexicanos se sienten más orgullosos de sus instituciones económicas y de la belleza física de su país que de su gobierno. Pero es mayor la cantidad de mexicanos (30 %) que se sienten orgullosos de sus instituciones políticas, en comparación con los italianos (3 %) o los alemanes (7 %). En tanto que los mexicanos critican la falta de un tratamiento justo por parte de las autoridades y se sienten impotentes para influir en la política, el estudio de Almond-Verba también implica que sus sentimientos de impotencia están condicionados en parte por el contraste entre ideales sumamente elevados y la realidad. Véase *The Civic Culture; political attitudes and democracy in five nations*. Princeton University Press, Princeton, 1963.



dional, el Cercano Oriente o el Asia sudoriental que no pueden ni siquiera enorgullecerse de instituciones progresistas como las mexicanas y que han caído de la lenta evolución de las instituciones democráticas y de los derechos individuales bajo la ley.

Pero la crítica de los intelectuales va más allá de la pasividad, de la sospecha y de la desconfianza que caracterizan a las sociedades campesinas en todo el mundo. Gordon W. Hewes, en su revisión de la bibliografía mexicana sobre el carácter nacional hasta principios de la década de los cincuenta, describe la forma en que los mexicanos concentran los rasgos de los miembros más desamparados de la sociedad como símbolo de toda la nación.<sup>13</sup> Para Samuel Ramos, cuya obra *El perfil del hombre y la cultura en México*<sup>14</sup> fue la primera especulación de mayor alcance sobre el carácter mexicano, el mexicano está simbolizado por el pelado, el don nadie, cuyo profundo sentimiento de inferioridad se esconde parcialmente tras el alarde y cuyo resentimiento y deseo de venganza explotan ante cualquier amenaza a su frágil orgullo. Ramos, Emilio Uranga y otros que construyeron sus teorías del mexicano alrededor de la idea de inferioridad o "insuficiencia" atribuyen su origen a la Conquista, al aplastamiento de la cultura indígena, a la humillación infligida por extranjeros, y al malinchismo, la tendencia a la traición, a imitar a los señores conquistadores. Malinche, la concubina e intérprete de Cortés, trazó un patrón, según estos autores, de profundización de las heridas de la inferioridad al imitar a los poderosos, primero a los españoles, después a los franceses y más recientemente a los norteamericanos.<sup>15</sup> El resultado es una combinación de servilismo, mezclado con hostilidad y con deslealtad, así como un deseo de borrar el sentimiento de humillación dominando brutalmente a los demás indefensos, tales como esposas e hijos, o en el caso de los funcionarios del gobierno, a cualquiera que sea débil y desamparado.

Desde la investigación de Hewes, otros estudios, especialmente hechos por psicoanalistas, han apoyado esta opinión denigrante, pero han cambiado la acentuación de sus orígenes en la Conquista como un trauma psíquico total de derrota, a sus efectos sobre la relación entre hombres y mujeres. El valor de estos estudios, por Aniceto Aramoni, Francisco González Pineda y Santiago

<sup>13</sup> Gordon W. Hewes, "Mexicans in Search of the 'Mexican,'" *The American Journal of Economics and Sociology*, 13, 1953-54, pp. 209-223.

<sup>14</sup> México, Imprenta Mundial, Miravalle 13, 1934

<sup>15</sup> Tengo la sensación de que los autores mexicanos subestiman los efectos de los sentimientos de inferioridad de su vida a la sombra de los Estados Unidos, con su abrumadora superioridad económica y militar, que se ha apoderado de grandes porciones del territorio mexicano. La mayor parte de los mexicanos todavía se muestran resentidos no sólo de su pérdida de territorio, sino también de la intervención norteamericana en la revolución de 1910. Por otra parte, temen a la riqueza norteamericana, y los campesinos que han trabajado como braceros en los Estados Unidos perciben perfectamente el contraste entre ambos países. Estos sentimientos en parte se atenúan por la opinión de que los norteamericanos son fríos y preocupados abiertamente con los aspectos materiales de la vida, en tanto que desde el punto de vista emocional son ingenuos. La política del gobierno mexicano de no intervención en los asuntos latinoamericanos encuentra un profundo apoyo en el pueblo mexicano.

Ramírez,<sup>16</sup> está en que parten de una realidad social que ejerce un efecto evidente y patológico sobre el carácter mexicano, el conflicto intenso entre los sexos. Muchas familias en México carecen de padres, y los hijos son criados por mujeres que, o bien han sido abandonadas por sus esposos o que han echado de la casa a hombres que no podían sostener a la familia y que tratan de afirmar su masculinidad por medio de la fuerza bruta. En otras familias, los hombres conservan su dominio sobre las mujeres con el garrote de la fuerza económica, pero existe poco amor o afecto. Los hombres con frecuencia traicionan a sus esposas, aun hasta el punto de establecer casas suplementarias (la casa chica).<sup>17</sup> La mujer puede tomar venganza socavando las relaciones del padre con sus hijos, convirtiéndolos en agentes suyos en la guerra entre los sexos, criando niños a los que les falta una firme sensación de varonilidad y que se sienten traidores a su sexo, y niñas que desconfían de todos los hombres.

Las exposiciones de los analistas no son pura especulación, porque se basan en el número de pacientes mexicanos cuyos análisis revelan una dinámica idéntica, hombres cuya masculinidad compensatoria compulsiva oculta la dependencia de la madre y los sentimientos tanto de castración sexual como de impotencia creadora, y mujeres que no pueden amar a los hombres. Pero, al generalizar de la clínica a la nación entera, su descripción del mexicano se inclina hacia la patología. Además, sus interpretaciones de los orígenes del conflicto entre los sexos siguen siendo vagas y excesivamente dependientes de factores históricos más bien que de los factores sociales actuales. González, que basa su evidencia en bosquejos, subraya el papel de la revolución de 1910 en la integración de la familia, aumentando el poder y la influencia de la madre sobre los hijos, en tanto que separa al padre de la familia. Ramírez subraya la Conquista, cuando el conquistador español tomó a mujeres indias como esposas o concubinas y dejó al indio varón desplazado e impotente. La descendencia mestiza de la unión al mismo tiempo idealizaría al padre español y se mostraría resentida hacia él, junto al cual se sentía inferior, y dependería de su madre india, pero denigrándola. El origen de la glorificación que de la madre hace el mexicano, y en contraste la dominación predatoria de las mujeres, de acuerdo con Ramírez, es el intento compulsivo del mestizo de imitar a los poderosos españoles en tanto que al mismo tiempo conserva su único vínculo real, con la madre.

<sup>16</sup> Aniceto Aramoni, *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo*. UNAM, México, D. F., 1961. Francisco González Pineda, *El mexicano, psicología de su destructividad*. Editorial Pax-México, S. A., México, D. F., 1961. Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Editorial Pax-México, S. A., México, D. F., 1959.

<sup>17</sup> Por ejemplo, véase Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza, Cinco familias*, 4ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1964, especialmente la familia Sánchez (pp. 189-256). Lewis es un observador sensitivo y dedicado, de la vida mexicana, que advierte el conflicto entre los sexos y su papel en la cultura mexicana. Pero ¿por qué escogió a la familia Sánchez para hacer un estudio más detallado de la vida en una familia mexicana, cuando ésta es una de esas raras familias a cuya cabeza figura un hombre y que carece de la fuerte influencia de la madre? Lo contrario es lo más común, y en nuestro estudio de la aldea, encontramos el 20 por ciento de las familias que tienen como jefe a mujeres sin marido.



Aramoni y González, más que Ramírez, tratan de interpretar la psicología de las mujeres así como la de los hombres. La experiencia femenina de formar parte de una clase explotada, de ser tratada como una propiedad en tanto que al mismo tiempo se espera de ella que se conduzca amorosamente han provocado la urgencia de venganza. La respuesta destructiva de las mujeres ha sido la de rebelarse pasivamente, de socavar la autoridad del padre y, como señala Aramoni, exigir que el hombre o bien viva de acuerdo con su imagen de macho o bien padezca un sentimiento de ridículo por castración. Aramoni difiere de los demás al intentar basar el conflicto entre los sexos en una lucha precolombina entre los sistemas matriarcal y patriarcal en México. Si bien no fundamenta suficientemente esta hipótesis, sí llama la atención hacia el hecho de que los aztecas, con mayor éxito que los mestizos, obligaron a las mujeres a desempeñar un papel inferior.<sup>18</sup> En mayor grado que los demás, Aramoni advierte que la ideología patriarcal mexicana se enfrenta a un desafío constante de una estructura subyacente de fuerza femenina, representada no solamente por el frecuente dominio de la madre dentro de la familia, sino también en una forma simbólica, por el ascendiente de la Virgen de Guadalupe en el panteón religioso y por la importancia casi religiosa del Día de las Madres en México.

No sería completa una revisión de las descripciones más recientes del carácter nacional mexicano si omitiésemos citar *El laberinto de la soledad*, escrito por Octavio Paz, poeta y diplomático.<sup>19</sup> Este libro ha influido en muchos de los comentaristas psicoanalíticos y, a mi juicio, es el análisis intuitivo más perceptivo y ciertamente el mejor escrito sobre el carácter del mexicano. Aunque Paz también está interesado principalmente en la psicopatología mexicana, su rica sensibilidad, su simpatía por el aislamiento autoimpuesto del mexicano y su interés por comprender las contradicciones del carácter mexicano no dejan la impresión ni de apología, de empujamiento, ni de especulación seudocientífica.

El retrato caracterológico compuesto del mexicano que surge de estos estudios muestra al macho como receptivo y explotador, atado a la madre, aislado de la intimidad con otros y narcisísticamente protegido por una imagen de sí mismo de autosuficiencia y fuerza masculinas. Como dice Paz, "No soportamos la presencia de nuestros compañeros. Encerrados en nosotros mismos, cuando no desgarrados y enajenados apuramos una soledad sin referencias a un más allá redentor o a un más acá creador. Oscilamos entre la entrega y la reserva entre el grito y el silencio, entre la fiesta y el velorio, sin entregarnos jamás."<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Una descripción del dominio del hombre sobre las mujeres que significativamente era acompañado por prohibiciones estrictas contra la bebida puede encontrarse en Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

<sup>19</sup> Fondo de Cultura Económica, México, 1959. También debe mencionarse al genio mexicano de la caricatura, que combina la crítica con el dibujo, que florece en los grabados de Abel Quezada y Rius, cuyo folleto cómico semanal, *Los Supermachos*, es leído vorazmente por los intelectuales mexicanos por sus pasquines devastadores del carácter mexicano y de las instituciones políticas.

<sup>20</sup> P. 58.

La mujer mexicana es sumisa en lo exterior, masoquista, pero también cerrada, atesora su amor y es pasivamente rebelde en contra de la dominación y la falta de amor del hombre. El sadismo del hombre, escribe Paz, "...se inicia como venganza ante el hermetismo femenino o como tentativa desesperada para obtener una respuesta de un cuerpo que tememos insensible".<sup>21</sup> El mexicano teme a la mujer, pero en su aislamiento, encuentra en ella un enigma incontestable y un poder peligroso. No tiene manera alguna de relacionarse con ella, salvo la fuerza, y vuelve el círculo vicioso.

### *Verificación y ampliación empíricas*

En nuestro estudio de una aldea mexicana mestiza en el Estado de Morelos, hemos confirmado la observación de que el conflicto entre los sexos que distingue a México de las sociedades campesinas tales como la de Italia meridional con siglos de dominio patriarcal ininterrumpido es el resultado y el origen tanto de la formación del carácter como de perturbaciones emocionales.<sup>22</sup> Pero al estudiar prácticamente todos los adultos en una aldea de 900 habitantes, en lugar de estudiar solamente una muestra, con cuestionarios proyectivos, con la prueba de Rorschach, con la de Apercepción temática, así como por medio de la observación participante, hemos podido determinar que los rasgos del carácter patogénico que refieren los autores mexicanos no describen a la mayoría de los aldeanos mexicanos, aun cuando sí representan en una forma precisa a una minoría considerable. Por ejemplo, solamente el 11 por ciento de los hombres tienen los rasgos extremos de machismo, y otro 30 por ciento expresa estos rasgos en menor grado. A su vez el machismo está correlacionado con otros dos factores del carácter aún más arraigados, la dependencia intensa de la madre y el síndrome autoritario-explotador.

Por el contrario, hemos encontrado también aldeanos que son cariñosos y productivos, que están interesados en su familia y en su trabajo.<sup>23</sup> Expresan conceptos incultos de amor con una riqueza de lenguaje y de comprensión que refleja las mejores cualidades del mexicano. Para decirlo con las palabras de una aldeana de 50 años de edad, que nunca asistió a la escuela, "El amor es una cosa muy sagrada porque sin amor no habría mundo. ¡Qué haríamos todos sin querernos!, porque aunque sea una amistad se debe querer. Empezando con amor de padres, de novios, de esposos, amor de hijos, amor de una buena amistad; aun para criar un animal hay que tener amor. Es incomparable, porque hasta se suicidan si no se les concede casarse. El amor de un padre es imborrable, eterno. El amor de amistades es entrañable. Amor de Dios también hay que tenerlo; Dios nos manda el amor como entendimiento."

Entre los campesinos, los que más trabajan y los más prósperos desde el punto de vista económico alientan los motivos de acumulación que caracte-

<sup>21</sup> P. 60.

<sup>22</sup> Véase M. Maccoby, "La guerra entre los sexos en una comunidad campesina", *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, núm. 4, 1966.

<sup>23</sup> Véase M. Maccoby, "Love and Authority: A Study of Mexican Villagers", *The Atlantic*, 213: 3, 1964, pp. 121-26.

rizan a los campesinos en todo el mundo. Como señala George Foster, la realidad económica de la sociedad campesina auspicia las actitudes del “bien limitado”, el individualismo suspicaz y el autoaislamiento detrás de murallas psicológicas y materiales. Las actitudes del campesino hacia el amor, la amistad y la salud están decisivamente modeladas por su experiencia con una economía que durante siglos ha permanecido fundamentalmente sin cambio, en donde sólo se produce una cantidad limitada de riqueza, y donde “ningún trabajo adicional, por tenaz que sea, hará cambiar significativamente esa cifra”.<sup>24</sup> El análisis de Foster de las actitudes que siguen al “bien limitado” describe un carácter que encaja perfectamente con la descripción que hace Fromm de la orientación acumulativa: “Esta orientación hace que la persona tenga poca fe en cualquier cosa nueva que pueda obtener del mundo exterior; su seguridad se basa en la acumulación y en el ahorro, en tanto que cualquier gasto se interpreta como una amenaza. Los individuos que corresponden a esta orientación se rodean a sí mismos de un muro protector y su fin principal es introducir todo lo que puedan en su posición fortificada y permitir que salga de ella lo menos posible.”<sup>25</sup>

Si los campesinos acumuladores son también más productivos, activos e interesados que el promedio, no sólo se adaptan bien a las exigencias de su trabajo, sino también buscan el estímulo cultural en la religión y en las oportunidades que se les presentan en el mundo campesino, por pocas que sean. Las mujeres productivas crían hijos que pueden alcanzar la independencia y que están enajenados de sus padres sólo en una forma mínima. Aun en las familias que no tienen padre, las mujeres sumamente productivas logran criar hijos e hijas productivos. Los hombres productivos, por su responsabilidad y cuidado, se acercan al ideal patriarcal y también participan activamente en los asuntos de la comunidad.

Los aldeanos menos productivos tienen orientaciones pasivas y receptivas más bien que acumulativas. La alta incidencia de la orientación receptiva en la aldea (43 % son predominantemente receptivos) a pesar de sus efectos de pobre adaptación, puede ser legado de la hacienda. La experiencia de ser agricultores libres, ejidatarios, fue negada a los padres de muchos campesinos. En la hacienda, los rasgos receptivos, incluyendo la dependencia, la necesidad de pedir en forma sumisa los propios salarios, fueron favorecidos y recompensados, del mismo modo que lo fueron entre los esclavos negros en los Estados Unidos.

Del estudio de Foster en Tzintzuntzan y de otros relativos a aldeas que escaparon al control de las haciendas, se desprende que el carácter receptivo es menos prevaeciente, de manera correspondiente; pero esta hipótesis requiere una investigación más sistemática.

En la hacienda, el carácter receptivo-sumiso era adaptativo, pero para el ejidatario libre este modelo del carácter conduce al fracaso económico y cons-

<sup>24</sup> Véase la nota 6. Foster publicará pronto un análisis más extenso del “bien limitado” y de sus relaciones con las actitudes y la conducta de los campesinos.

<sup>25</sup> Véase Erich Fromm, *Ética y psicoanálisis*, Fondo de Cultura Económica, México, 6ª ed., 1966, p. 74.

tituye una mala adaptación o es difuncional. Sin embargo, para el trabajador explotado que no es ejidatario ni productor independiente, los rasgos receptivos y sumisos todavía pueden ser adaptativos, aun cuando impliquen un desarrollo individual defectuoso y estén asociados con rasgos psicopatológicos tales como el alcoholismo.

Nuestro estudio también ha mostrado que la conducta social no puede ser explicada solamente por el carácter y que los factores que influyen en él existen en la realidad socio-económica actual así como en la historia mexicana. El conocimiento del carácter receptivo del alcohólico y su machismo solo, no explican el hecho de que beba. Muchos hombres que tienen estos mismos rasgos no se convierten en alcohólicos a menos que se casen con mujeres destructivas que los ridiculicen o a menos que su forma de trabajar sustente su pasividad.<sup>26</sup>

La dependencia extrema de la madre también está influida por variables económicas y sociales. Cuando el padre obtiene éxito económico, puede mantener alta la cabeza en la familia y se convierte en un modelo para sus hijos. Cuando fracasa en cuanto receptor de ingresos, los hijos lo rechazan y permanecen vinculados a la madre.

La dependencia de la madre también resulta favorecida por la desconfianza hacia las instituciones sociales y políticas de la sociedad. Cuando las personas piensan que la autoridad es irracional, que no pueden esperar un tratamiento justo de parte de la policía, de los tribunales y de los administradores, la imagen de la madre como la única persona que ama incondicionalmente, que nunca traicionará y que siempre impartirá protección, se vigoriza. La madre representa el puerto seguro del hogar, y, regresivamente, del vientre. El padre representa la sociedad, el contrato y la autoridad estructurada. La capacidad del padre para adaptarse a la sociedad es una lección poderosa para sus hijos. Si no logra hacerlo, lo rechazan no solamente a él, sino también a su fe en la autoridad racional, en la ley y en el contrato.

El éxito económico en sí mismo es una función no solamente del carácter sino también de la oportunidad. El campesino sin tierra que llegó al escenario demasiado tarde para recibir un ejido sigue siendo en general más pobre que los ejidatarios, sean cuales fueren los rasgos del carácter. En la ciudad, Guillermo Dávila ha observado un dominio creciente en la familia, por parte de la madre, debido al hecho de que en una sociedad que se industrializa rápidamente, las mujeres procedentes del campo con frecuencia tienen mayores oportunidades para trabajar como sirvientas, en industrias ligeras, etc., que los campesinos, a los que les falta preparación para el mundo industrial. El varón cuyo orgullo descansa en su papel patriarcal se encuentra dependiente de su esposa, con la resultante desintegración de la familia, fenómeno que tantos mexicanos achacan a la Conquista y a la Revolución.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Véase M. Maccoby, “El alcoholismo en una comunidad campesina”. *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, núm. 1, 1965, pp. 38-65.

<sup>27</sup> Este mismo patrón de conducta aparece en otras sociedades caracterizadas por una emigración de las explotaciones campesinas pequeñas a la ciudad y se afirma que es co-



La actitud del mexicano hacia la autoridad también merece algo más que una simple explicación histórica. Por tradición, la sociedad campesina está estructurada en términos de respeto y de obediencia hacia los padres por parte de los hijos, en la superioridad masculina y en una jerarquía general de posiciones. Pero este tradicionalismo no implica autoritarismo en el sentido más profundo de desprecio por los débiles y el culto por el poder,<sup>28</sup> rasgos que caracterizan a no más del 30 por ciento de los aldeanos sometidos a prueba. Si la sociedad fuera a cambiar, si el mexicano pudiera comenzar a confiar en los funcionarios del gobierno y en la ley, la estructura del carácter de muchos apoyaría actitudes más democráticas.

La diversidad de motivos en el mexicano, así como los elementos patológicos, deben ser tomados en cuenta para entender el carácter nacional mexicano. Sólo entonces es posible relacionar la conducta disfuncional, compensatoria o regresiva, con los factores sociales y económicos que determinan y sostienen a los rasgos subyacentes del carácter. En México, muchos hombres y mujeres tienen la estructura de carácter que les permite adaptarse armoniosamente a una sociedad campesina y ser al mismo tiempo independientes y creadores. Aún no es posible hablar con precisión acerca de la población urbana que debe adaptarse a una industrialización rápida.<sup>29</sup> Las fuerzas sociales más decisivas para originar un carácter y una psicopatología de adaptación deficiente surgen del conflicto entre los sexos, arraigado históricamente pero sustentado por las tendencias económicas actuales así como por los restos de explotación que subsisten a pesar de la destrucción de las haciendas que realizó la Revolución y de la sociedad semifeudal que fue hecha trizas hace menos de 60 años.

mún entre los negros norteamericanos y los aparceros de Arkansas que se trasladan a St. Louis. Véase Michael Harrington, *The Other America*, Penguin Books, Baltimore, 1963.

<sup>28</sup> Una descripción más completa del carácter autoritario puede verse en Erich Fromm, *El miedo a la libertad*. Paidós, Buenos Aires.

<sup>29</sup> La investigación de los valores en los trabajadores industriales de México, en comparación con los habitantes de poblaciones pequeñas, que ha hecho Joseph A. Kahl, sugiere que la industrialización comienza a realizar cambios en el mexicano, pero queda por determinar si estos cambios a los valores "modernos" reflejan un cambio de carácter profundamente arraigado. Agradezco al profesor Kahl el haberme mostrado su estudio "The Measurement of Modernism: A Study of Values in Brazil and Mexico", 1966, en su forma manuscrita.

## PAPEL DE LAS RELACIONES PADRE-HIJA EN MUJERES DEPRIMIDAS: DESCRIPCIÓN DE UN SÍNDROME \*

Rose Spiegel

EN LAS mujeres deprimidas, puede ser reconocido sobre la base de la exploración psicoanalítica un síndrome que presenta una constelación característica de patogénesis, psicodinámica y modo de actuar en la vida, y que puede aprovecharse en la terapia. Concretamente, este síndrome cubre tipos específicos de fracaso en la relación padre-hija, que tienden a ocurrir en el periodo pre-adolescente y adolescente, mucho después de la clásica época edípica. La delineación de este síndrome revela un factor etiológico adicional pertinente a la indicación cada vez más fundamental de que la depresión ocurre con mayor frecuencia en las mujeres que en los hombres. (1) Hasta ahora, las teorías psicoanalíticas sobre las depresiones, con pocas excepciones, no han tratado con lo que llamaré la situación femenina, una carencia que revela el poco aprecio hecho a un vasto orden —o desorden— de la experiencia.

Hay poca familiaridad con el hecho de que las fluctuaciones depresivas son frecuentes en las jóvenes en la menstruación y en mujeres mayores en el tiempo de la menopausia; y, aunque no es privativo de las mujeres, ellas son más propensas que los hombres a inmersiones depresivas después de la pérdida, como en el divorcio, del compañero marital. Clínicamente, estamos familiarizados con la ocurrencia de depresiones *postpartum* en las mujeres, (2) aunque tales depresiones se sabe que se presentan más secreta y sutilmente en los hombres, sean o no similares los significados para ambos sexos. Recientemente se ha dirigido la atención a la gran frecuencia de depresiones en las jóvenes y mujeres, como consecuencia de abortos, según revelan sus psicoanálisis (3).

Aunque la literatura psicoanalítica no explora la situación femenina para encontrar elementos contribuyentes o esenciales de la depresión en las mujeres, proporciona muchos estudios de casos que inadvertidamente demuestran la necesidad de tal investigación.

En *El luto y la melancolía* de Freud (4) nos encontramos dentro de un paréntesis la alusión a un tipo de mujer deprimida que sería una de las heroínas del presente estudio:

El objeto quizá no ha muerto de hecho, pero se ha perdido como objeto de amor (v.g. *el caso de una novia abandonada*) . . . \*\*  
Aun en otros casos (dice Freud) uno no puede ver claramente qué se ha

\* Presentado en la Academia de Psicoanálisis, mayo 7 de 1966.

\*\* Cursivas mías.

